

## CREER Y PENSAR SEGÚN LOS SANTOS PADRES

RAFAEL SANZ VALDIVIESO

1. CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Extractos de Teódoto. Éclogas proféticas. ¿Qué rico se salva?, Fragmentos*. Introducción, traducción y notas de Marcelo Merino Rodríguez. Madrid, Editorial Ciudad Nueva, 2010. 464 pp. (Fuentes patrísticas, 24).  
Ciudad Nueva, 2010. 462 pp. (Biblioteca de Patrística, 82).
2. AMBROSIO DE MILÁN, *Discursos consolatorios*. Introducción, traducción y notas de Agustín López Kindler. Madrid, Editorial Ciudad Nueva, 2011. 364 pp. (Fuentes patrísticas, 25).
3. JUAN CRISÓSTOMO, *Homilias a los Hechos de los Apóstoles*. 1. Homilias I-XXX. 2. Homilias XXXI-LV. Introducción, traducción y notas de Marcelo Merino Rodríguez. Madrid, Editorial Ciudad Nueva, 2010. 542 +466 pp. (Biblioteca de Patrística, 80-81).
4. *Constituciones Apostólicas*. Introducción, traducción y notas de Juan José Ayán Calvo. Madrid, Editorial Ciudad Nueva, 2010. 462 pp. (Biblioteca de Patrística, 82).
5. BASILIO DE CESAREA, *A los jóvenes, cómo sacar provecho de la literatura griega. Exhortación a un hijo espiritual*. Introducción, traducción y notas de Francisco Antonio García Romero. Madrid, Editorial Ciudad Nueva, 124 pp. (Biblioteca de Patrística, 83).
6. LANGA AGUILAR, Pedro, *Voces de sabiduría. Patrística*. Madrid, Editorial San Pablo, 2011. 460 pp.

Esta entrega de “creer y pensar según los santos Padres”, más reducida, se concentra en textos de gran valor de Clemente de Alejandría, de Ambrosio de Milán, de Juan Crisóstomo, o las *Constituciones apostólicas*, documento de importancia capital para conocer las normas litúrgicas y jurídicas de la antigüedad cristiana; pero también algunas obras de Basilio de Cesarea, y, por último, un diccionario temático sobre la

doctrina de los Padres, que nos ayuda a conocer mejor su espiritualidad bien fundamentada en la doctrina teológica. Es importante escuchar a los Padres y aprender de ellos porque nos conducen a las fuentes de la vida, a la sabiduría eterna del Evangelio y de las Escrituras en su totalidad. Ellos no sólo gozan de autoridad para transmitir y explicar la fe, como maestros insignes que son, sino que además nos ofrecen la armonía de su enseñanza con las Escrituras. Son, además, testigos vivos de la Tradición eclesial, ya que su vida y sus enseñanzas no se explican fuera de la corriente vivificadora de la Iglesia. Nos ofrecen no tanto opiniones particulares, formuladas de forma más o menos brillante, sino en la comunión de pensamiento y doctrina con la Iglesia, por eso poseen autoridad. Según san Vicente de Lérins, en su obra *Commonitorium* 28,6 son cuatro las notas que los caracterizan: antigüedad, ortodoxia, santidad de vida y reconocimiento eclesial. De esa rico tesoro doctrinal son las obras que aquí comentamos.

1. De Clemente de Alejandría († antes de 215), con traducción, introducción y notas de Marcelo Merino, la editorial Ciudad Nueva nos ofrece tres obras y algunos fragmentos de obras mencionadas en sus escritos pero no conservadas en su totalidad: *Extractos de Teodoto*, *Élogos proféticos*, *¿Qué rico se salva? Fragmentos*. Así el traductor y editor de este tomo 24 de Fuentes patrísticas, nos ofrece la conclusión de la obra completa de Clemente, con el texto original y su versión española (cf. ya publicados en la

serie, los tomos 5, 7, 10, 15, 17, 21; ¡un gran trabajo, sin duda!). En este tomo 24 nos ofrece una amplia introducción dividida en cuatro partes (pp. 11-54) en las que se presentan las cuatro obras indicadas. Clemente es el primer pensador cristiano que conoce toda la Escritura y gran parte de los autores profanos griegos (cita cerca de 360) y se interesa por conocer la filosofía precristiana en la que encuentra elementos de verdad que le sirven para afirmar que el cristianismo es la culminación de tales verdades parciales. Al intentar poner de acuerdo el contenido de la fe con la filosofía no siempre es claro en sus exposiciones, como indicaría la propuesta de *gnosis* que contiene su obra *Stromata* (Tapices) en la que discute la relación del cristianismo con la cultura pagana, sobre todo la superioridad ideal de la gnosis cristiana frente a cualquier otra, por eso su interés en oponer a la filosofía griega la enseñanza de los profetas, o la figura del gnóstico cristiano frente a las enseñanzas éticas de la falsa gnosis.

En el caso de los *Extractos* de Teódoto (gnóstico valentiniano de la escuela oriental, activo entre el 160/170 d.c. cf. p. 13) tenemos una serie de citas tomadas, quizá, para un estudio o exposición posterior más detallado (en el libro VIII de *Stromata* teníamos esas mismas citas antológicas, destinadas a otros trabajos), aunque hay comentarios del propio Clemente. Sin saber exactamente quién es el tal Teódoto, fuera de esa indicación temporal aproximada, aunque se la ha emparentado con la enseñanza de Marcos el Mago, a quien combate Ireneo de Lyon en los

años 180, como indica el autor. De qué fuentes ha tomado Clemente sus citas, es un problema no resuelto, pues el texto que nos ha llegado puede dar como resultado el que sean comentarios del mismo autor, por la coherencia que presentan respecto de otros textos de los extractos y por las características del propio vocabulario de Clemente (cf. pp. 15-16). El editor de estos textos los imprime con un cuerpo de letra menor los que cree ser comentarios específicos de Clemente mientras que los textos referidos a Teódoto y a su pensamiento (por otros valentinianos), los imprime en letra más grande. La doctrina se expone a partir de las cuatro partes en las que se agrupa el conjunto: el concepto de redención y el Salvador que la realiza (extractos 1-28 editados y traducidos en pp. 72-111); la Sabiduría (Sofía) y su relación con el Demiurgo, que produce los seres, en la segunda parte (extractos 29-42, editados y traducidos en pp. 112-123). La pasión de Sabiduría (Sofía) es parte del mito gnóstico sobre el origen del mal, en el que está presente la emanación del Cristo. La tercera parte, contiene los extractos 43-65 (editados en pp. 122-145), sobre la salvación o restauración final, que continúa con el mito de Sabiduría saneada de sus pasiones para llegar a ser Sabiduría impassible, por obra del Salvador, o primer Demiurgo universal; será el que crea al hombre con alma terrena y material, irracional y consustancial a los animales, el hombre según la imagen (hombre terreno) y el hombre según la semejanza (hombre psíquico), en pasajes un poco confusos. La parte cuarta y última comprenden

los extractos 66-85 (editados en pp. 144-159) sobre los poderes malignos y las creencias astrológicas, de las que libra el bautismo cristiano para poder participar en la redención.

El carácter fragmentario aumenta la oscuridad del texto (p. 20) y de la doctrina de Teódoto: el Salvador viene como Logos a reunir la semilla espiritual dispersa, por eso el compilador desea afirmar que la salvación de los hombres es obra de Dios en Jesucristo, Logos que es también Dios. Pero no consideran los valentinianos el valor de la encarnación, pues la reducen a una imagen del Unigénito Logos que está en el Principio. Clemente afirma que es Jesús el que aparece como Primogénito en la creación y Unigénito en el Plerôma, y al encarnarse no se han separado, pues aparece como Logos Salvador. En cuanto al origen del mal, las afirmaciones contenidas en los extractos 43-65 coinciden con las explicaciones que ofrece san Ireneo en su *Adv. haer.* I, 1-8,4 de la antropología gnóstica valentiniana el hombre compuesto de dos almas, espiritual y material, que se oponen entre sí; la parte material –el cuerpo– está junto al alma espiritual y crece como la cizaña en medio del trigo. El hombre debe tomar conciencia de su participación espiritual, origen de la triple distinción de la humanidad: Caín, hombres materiales, hílcos; Abel, hombres psíquicos; Set, los hombres pneumáticos. Adán comunicó a sus hijos el elemento material, los otros dos son divinos, por lo que sólo es intermediario. Se salvan por naturaleza los espirituales, que llegan a la revelación gnóstica de su verdadero

ser; los psíquicos por su libertad, si se hacen merecedores de la salvación mediante la fe que los cambia; los materiales se pierden sin remedio, como propugna el determinismo estricto de la gnosis, ya que los materiales son consubstanciales con el Diablo. Los *extractos* ofrecen una exposición de la doctrina gnóstica de los valentinianos que es la que Clemente se proponía combatir.

Las *Eclogae propheticae* son breves comentarios sobre pasajes bíblicos, recopilados a partir de los grandes personajes considerados profetas, Abraham y Moisés, David, o los apóstoles del Nuevo Testamento. Indican una interpretación de doble nivel, esquema platónico, que junto con las influencias estoicas le sirven para exponer el cristianismo (cf. pp. 32-35), como son los títulos del Verbo de Dios, “arché”, principio; “rêma, hêmèra” (palabra, día) o la imagen del “camino del Señor” aplicado a las bienaventuranzas, que también son alimento para ese camino. La obra consta de tres partes que agrupan los párrafos contenidos: 1-26 (pp. 164-192) con el tema del agua en la historia de la salvación, la creación y la referencia cristiana al bautismo, o al agua y el Espíritu, o la presencia de Juan Bautista y su bautismo (ecl. 25), aunque añade la mención del fuego con la mención de Dios como “fuego devorador”, signo de su poder (Ecl. 26). El bautismo y sus requisitos, temor de Dios, aceptación del sufrimiento corporal, el discernimiento y la iniciación a la gnosis, o el ayuno y la oración están presentes en las Ecl. 11-12; 14-15 así como la sintonía con la

gracia de Dios (Ecl. 16-17), que convierte al hombre en hijo de Dios (Ecl. 19-20), colaboración perfecta expresada por la encarnación del Verbo (Ecl. 23) que realiza la salvación, la posibilidad de ser propiedad de Dios una vez restaurada la imagen de Cristo en el alma (Ecl. 24 por eso el bautismo imprime carácter).

La segunda parte, Ecl. 27-50 (pp. 193-209) expone la perfección cristiana y el camino a recorrer por el gnóstico que asimila la doctrina de los apóstoles, transmitida oralmente y por escrito. La gnosis ayuda a comprender la utilidad moral y ascética que ofrece la Escritura (Ecl. 27-29) para poder purificar el pensamiento, la palabra y la acción y poder vivir justamente (Ecl. 30-31). La naturaleza de la gnosis cristiana auténtica, partiendo de la Escritura para comprender los conceptos del Espíritu Santo, librarse de la ignorancia y ver la luz que le capacita para la virtud gnóstica y para el apostolado cristiano (Ecl. 32-37). Hay en esta parte una sección escatológica (cf. Ecl. 41-49) pero con acento en la misericordia que perdona los pecados (49), y en la gloria de los que sirven a Dios con paciencia y conocen su gloria (Ecl. 43-45). La tercera parte, Ecl. 51-65 (pp. 210-223) comenta el salmo 18 para describir la ascensión de las almas al cielo, acenso en el que los ángeles adoctrinan a los hombres para alcanzar la perfección (Ecl. 57), es decir, la contemplación de Dios, junto con el Salvador y la Iglesia (Ecl. 58-59); no se olvida de las disposiciones morales para recibir esa formación, el temor de Dios, el cumplimiento de los mandamientos,

la conversión (Ecl. 60-62) e incluso el martirio (Ecl. 63).

La obra *¿Qué rico se salva?*, es de las más conocidas de Clemente, dedicada a la relación entre el evangelio y los bienes terrenos, las riquezas y la valoración moral de su uso, a partir de Mc 10,17-21 (cf. p. 41), forma un tratado en el que se reflexiona profundamente sobre la riqueza y la doctrina cristiana de la salvación, que se basa en la fe, la esperanza y la caridad y en la actitud desprendida y pobre en lo que se corrompe y muere y rica en obediencia a Dios, pureza, cumplimiento de los mandamientos (cf. 19,1-2), ya que lo que salva no son las riquezas externas; expulsar del alma lo que es relativo a las riquezas en cuanto codicia o locura por ellas, que ahoga la vida (11,2). La salvación es posible para el que posee bienes materiales si se comporta de forma que pueda conocer la verdad y poseerla obedeciendo los mandamientos (3,1).

El contenido podemos agruparlo de forma que los diez primeros párrafos destaquen la disposición del cristiano ante las riquezas (cf. pp. 228-249 planteamiento del problema y comentario a Mc 10,17-31 – par. 4,4-10 –) que va de la mano del conocimiento de Dios, pues la ignorancia de Dios es muerte, pero el conocimiento de Él es la vida (par. 7,3). La segunda secuencia (par. 11-26 pp. 249-279) comenta el pasaje ‘vende lo que tienes’, sin añadir “;y dáselo a los pobres’, ya que lo que recomienda es despojar el alma de pasiones y de lo que es ajeno a la razón. El vende lo que posees indicaría la comunión de bienes, ya que las riquezas las ha dispuesto

Dios para utilidad de los hombres y pueden aprovechar al prójimo (par. 16, 19), según la responsabilidad de quien se sirve de ellas (par 14,6). El uso de los bienes externos de forma desprendida del mal es propia del que está limpio de corazón (cf. par 16) y se ve limpio de codicia de riquezas y es sobrio y generoso y atesora la riqueza de la virtud (cf. par. 18-19), lo que le faltó al joven rico que se retiró triste (par 20) porque no sabía usar las riquezas, que en sí mismas deben ser indiferentes, sin la pasión de la codicia, o la “riqueza mental” que es enfermedad espiritual. La tercera sección (par. 27-42, pp. 279-313) propone la caridad (par. 37-38) y la confianza en Dios, que se aprenden en los mandamientos, como Jesús le propone al joven, ‘ya conoces los mandamientos’ y el significado del “amar a Dios” y al prójimo. La obra concluye con una exposición del perdón de los pecados (par. 40-42). Todo procede de Dios y todo debe encauzarse de modo que nos lleve a Dios.

Los *Fragments* de Clemente corresponden a obras suyas que sólo se han conservado en diversos fragmentos, como las *Hypotyposesis* (o esquemas) transmitidas por Eusebio de Cesarea, Máximo el Confesor, Juan Mosco y Ecumenio (son los fragmentos 1-23, pp. 318-335; el largo fragmento 24, transmitido en latín, sobre la *Cartas Católicas* y las 1-2 Juan, pp. 334-371 o los fragmentos más dispersos 25-75, pp. 370-403 referidos a la pascua, a cánones sobre los judaizantes, sobre la paciencia y la Providencia, cartas, etc.). Algunos temas podrían ser subrayados, como el origen de los evangelios en

*Fragmentos* 8-12 (pp. 323-327; o sobre los dos Santiagos y la muerte de Santiago el Menor (el Justo cf. *Fragmentos* 13-14, pp. 327-329) según el testimonio de Hegesipo, o la afirmación de que la carta a los Hebreos es de Pablo (*Fragmentos* 22 p. 331-333). Son indicaciones que permiten comprender la variedad y riqueza de temas que encontramos en este tomo final de las obras de Clemente Alejandrino, ahora al alcance de todos los lectores que quieran conocer su pensamiento y que hemos de agradecer al Prof. Marcelo Merino.

2. De Ambrosio de Milán (334ca.-397) nos ofrece la colección *Fuentes patrísticas* 25 tres discursos consolatorios, dos por la muerte de su hermano Sátiro († 378), uno por la de Valentiniano II († 392) y otro por la de Teodosio I el Grande (379-395). El texto latino y la traducción castellana son obra de Agustín López Kindler, aunque el texto latino es el de la edición de O. Faller publicada en 1955 en el *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum* de Viena, dentro de las obras de San Ambrosio, parte séptima. Los discursos (como sus cartas) son de gran interés para la historia de su tiempo y para el uso de la estilística y la retórica.

A la muerte de su hermano Sátiro, Ambrosio dedica dos discursos que forman una unidad ya que corresponden al día del entierro, pronunciado el primero de cuerpo presente y el segundo a los siete días (como parece lógico si tenemos en cuenta la fecha probable de la muerte, sea a principios de 378 o en el otoño de dicho año (cf. p. 15 y nota 19). Los dos motivos principales

de los discursos han sido titulados, a veces, de forma consecutiva, *De excessu fratris*, como expresión del dolor por la muerte del hermano querido (pp. 44-111) en el que el tono emocional y dramático expresan tanto el lamento por la pérdida (parte primera, párrafos 1-41) como el elogio del difunto y la evocación de sus cualidades, de la generosidad y los ideales que habían unido a los hermanos (parte segunda, par. 42-63) destacando las virtudes cardinales que caracterizaron al difunto: prudencia (pár 42 y 45 conocimiento de sí mismo), fortaleza (par. 44 y 50), templanza (par. 51 sencillez, *simplicitas*), pudor y castidad (par. 52-53), el agradecimiento a Dios (par. 46 y la verdadera fe, par. 47), la austeridad (par. 56), la justicia (par. 57-59 junto al temor de Dios y a la piedad, par. 60-62). La parte tercera (párrafos 64-80) es la que expone los motivos de consuelo y superación del dolor producido por la muerte, con ejemplos de la Sagrada Escritura (cf. par. 65-66, citando el IV Esdras, que no forma parte del canon, aunque Ambrosio lo considerara tal, p. 98-99; par. 68-69 p. 100-101), y con la afirmación de que ni la muerte ni el tiempo “podrán separarme de ti” pues la memoria hace dulces las lágrimas si el temor de Dios y la fe, el cumplimiento de las prácticas religiosas mitiga el dolor y une el llanto con la oración (cf. par. 74-77 cuando se refiere a su hermana, que no tiene la ocupación del ministerio, como él, para aliviar en la ocupación el desarraigo de la separación).

El libro segundo, a veces indicado como *De resurrectione mortuorum* (p.

18, texto y traducción en pp.112-223) porque fue pronunciado en la celebración litúrgica del séptimo día, que toma como símbolo del futuro, reflexionando sobre la muerte en sentido cristiano y sobre la resurrección, de ahí el tono más argumentado del par. 3 (p. 115 la muerte, es universal y afecta a todos (par. 4ss); nos libra de los males de este mundo (par. 18-49); finalmente, porque siendo como un sueño al darnos el reposo de las fatigas de este mundo, nos da un vigor nuevo, par. 50-131), para exponer la fe en la resurrección (cf. par. 48) y la esperanza que suscita el participar la gloria futura, en la vida eterna. Estos aspectos no aparecían en el primer discurso, dedicado a evocar la memoria y las virtudes del difunto. La polémica pagana negaba la fe en la resurrección de los muertos, o se entretenía en una doctrina de la transmigración de las almas (cf. par. 50, p. 150-151; en par. 127-131 la transmigración y la transformación en otros seres o animales, pp. 216-221), aun recordando que la inmortalidad de las almas era una doctrina aceptada en la filosofía; por eso, afirma que el alma inmortal no puede recibir la figura de una bestia (par. 130, p. 221).

Cuando habla de la resurrección se sirve de Job, de Ezequiel 37 (cf. par. 69-70, pp. 168-169), de Daniel (par. 67) y recuerda que la filosofía pagana opondría la transmigración de las almas a la resurrección (cf. par. 65, pp. 164-165). El profeta Ezequiel es testigo de la resurrección futura (cita Ez 37, 9-14 en par. 75, pp. 174-175). Pero ofrece otras consideraciones, sobre la tumba como refugio temporal hasta el mo-

mento del juicio de Dios (cf. par. 68, pp. 168-169) y de la resurrección, cuando la tumba se abre (par. 76, pp. 174-175). Otros ejemplos son la resurrección de Lázaro (par. 77-81, pp. 174-179) o la hija de Jairo (cita de Mt 9, 18ss), recuerda a Elías (2Re 13,21), el cadáver resucitado al contacto con los huesos del profeta, e incluso los muertos resucitados en el momento de la muerte de Jesús (cf. par. 83, pp. 178-179). La fe en la resurrección está por encima de la razón (par. 89, pp. 184-185) pues afirma con el evangelio de Juan, “Es Dios el que resucita” (par. 91, pp. 184-185) y por Cristo hace que todos vuelvan a la vida (cf. par. 93, pp. 186-189). Dios, en efecto, es Dios de vivos (par. 95, pp. 188-191), de Abraham, paradigma de la fe (par. 96-98, pp. 190-193). Las trompetas del juicio son trompetas de salvación (par. 107, pp. 198-201) pues anuncian la resurrección (par. 112-114, pp. 206-209).

El discurso a la muerte de Valentiniano II (371-392; *De excessu Valentiniani* pp. 228-229) fue pronunciado algún tiempo después de su muerte, y movido por las circunstancias e incertidumbre creadas por su muerte prematura (tenía 21 años), ya que su reinado fue de controversia y de dificultades con los arrianos, en Milán por el uso de las basílicas de la ciudad y por la pretensión de volver a restaurar el culto pagano con el altar de la Victoria en el foro romano. En la exposición parte del libro de las Lamentaciones (par. 3-4, pp. 230-231) al hablar del duelo del monarca, describiendo sus virtudes (par. 9-14, pp. 236-241), de su humildad y pidiendo el perdón de sus peca-

dos, o de su clemencia (par. 18, pp. 242-243), su prudencia (par. 19-20, pp. 244-245), su actitud liberal (par. 21, pp. 244-247). Ambrosio había participado en algunas de las propuestas de Valentiniano (cf. par. 23-26, pp. 246-251), como describe al hablar de los últimos días de Valentiniano II (descritos en par. 27-29, pp. 250-253) y de su muerte prematura (par. 36-42 y 50, pp. 255-263; 269) tratando de consolar a sus hermanas (par. 44-46, pp. 262-265) con el ejemplo de David que lloró a la muerte de sus hijos (cf. par. 47, pp. 264-265).

En la tercera parte del discurso recuerda que Valentiniano II murió sin el bautismo (par. 51, pp. 268-269) y suplica a Dios que le conceda el descanso eterno y que goce de la gloria como su padre y su hermano (cf. par. 52, pp. 268-271); describe también su persona (par. 58-63, pp. 272-277) y su alma que ve subir al cielo y triunfar sobre la muerte (par. 64-66, pp. 276-279). Al final recuerda a su hermano Graciano (par. 71-77) y la participación en el destino de los dos hermanos (par. 78-79, pp. 282-289). El discurso es un ejemplo de esta oratoria consolatoria y panegírica, pero con el interés añadido de los datos que ofrece de la vida del emperador y de algunas circunstancias de su muerte.

El último discurso está dedicado a la muerte de Teodosio el Grande (346-395; *De excessu Theodosii*, pp. 294-343) en la conmemoración celebrada en Milán, en un momento en que las circunstancias no eran muy favorables para sus herederos Arcadio y Honorio. Teodosio había promulgado el decreto

(edicto de Tesalónica del año 380) que declaraba al cristianismo la religión oficial del Imperio y en 390 había reprimido sangrientamente las revueltas de Tesalónica, hecho que san Ambrosio le reprochó públicamente obligándole a hacer penitencia. En el discurso fúnebre recuerda la figura de José (par. 2-11, pp. 294-305) y con las citas de los libros de los Reyes describe las virtudes del difunto (pp. 12-16, pp. 304-309), su piedad y clemencia, su humildad, caracterizándolo como un príncipe cristiano.

La segunda parte (par. 17-38, pp. 308-327) presenta los episodios de su vida que le permiten el panegírico, sobre todo recuerda la penitencia pública a la que le obligó san Ambrosio, considerando que la represión de Tesalónica era indigna de un cristiano (par. 27-28, pp. 316-319) y se sirve de los episodios bíblicos referidos a Jacob (Gn 50, 2-14) o la parábola del rico epulón y el pobre Lázaro (Lc 16,23) y el salmo 114 (par. 25; 28; 29; 30; 34; 35-36). La tercera parte (par. 39-53, pp. 326-339) expone la entrada en la vida eterna, siguiendo a su predecesor Constantino el Grande, que de perseguidor se convirtió en propagador de la fe cristiana. Fue el origen de la transformación del imperio romano por obra del cristianismo, recordando en su evocación de estas circunstancias los episodios de la invención de la Santa Cruz por la iniciativa de la madre de Constantino, santa Elena (cf. par. 41-51, pp. 328-329). Las palabras finales las dedica a Honorio, emperador de Occidente (par. 51-56, pp. 338-343). La situación política y los problemas de estabilidad



del gobierno imperial están presentes junto a la fidelidad que pide al heredero, lo que nos da a conocer el interés de los datos descritos y la participación intensa de san Ambrosio en ellos, como los evoca en su discurso panegírico.

3. De san Juan Crisóstomo nos ofrece la serie “Biblioteca de Patrística, 80-81” la traducción española de las cincuenta y cinco homilías sobre el libro de los Hechos de los Apóstoles, hecha por el Prof. Marcelo Merino Rodríguez de la Universidad de Navarra. Es uno de los pocos comentarios completos de la antigüedad al libro de los Hechos en forma de homilías exegéticas, predicadas el año 400 o el 401 (si se tienen en cuenta las indicaciones internas), transmitidas por manuscritos que se utilizaron tanto Hieronymus Commelin (1603) y Savile (1613) como en la de Ch. Morel (1613) en sus respectivas ediciones de las obras de Juan Crisóstomo. La edición de B. de Montfaucon (1731) se sirvió de otros manuscritos diferentes aunque mantuvo el texto de Commelin dándose cuenta de la amplísima lista de variantes; ésta edición será la que se encuentra en Migne PG 60 (París 1862). De las Homilías sobre los Hechos no se ha realizado una edición crítica, y las versiones, sobre todo la inglesa de 1956 en la serie *Nicene and Postnicene Fathers* (vol. 11) se sirven de un manuscrito de la Universidad de Michigan que sería la recensión menos retocada y más antigua, respecto del texto ecléctico que tenemos en la edición de Montfaucon y Migne (cf. p. 60-61).

Juan Crisóstomo ha comentado ampliamente en sus homilías el Nuevo Testamento, casi siempre en sentido histórico, propio de la tradición antioquena en la que se había formado, preocupada por fijar el sentido literal contra la alegoría pero sin olvidar el sentido espiritual. Se dedica a comentar el libro de los *Hechos* porque lo cree menos conocido y quiere destacar el contenido, la recta doctrina y los milagros, obrados por el Espíritu Santo, siguiendo la exposición que hace san Lucas. Aunque Erasmo puso en duda su autoría, por el estilo conciso y farragoso (cf. p.18-19), desde Casiodoro se admite la autoría sin mayores dudas. De hecho, en su monasterio de Vivarium se tradujeron al latín todas ellas, aunque tal versión no se ha conservado (cf. *Institutiones* I, 9 citado en p. 19). Posteriormente Juan Damasceno recuerda estas homilías en su *De fide orth.*, 3,15) y el autor posterior Ecumenio (siglo X, aunque su comentario cita amplios pasajes de varios autores, entre ellos Crisóstomo) o los autores de las *catenae* (cf. p. 19, Nicetas) y Focio recuerdan este comentario como una obra de Juan Crisóstomo. La homilía 52, 5,4 dice de sí mismo que su nombre Juan es homónimo del evangelista aunque no sea “sinónimo” de él. Para el lector atento las homilías dan a conocer informaciones que nos dicen en qué momento se predicaron, como indica en p. 22 de la homilía 44, 4, 1 (cf. vol II, p. 228) y en p. 23 referido al acontecimiento citado en la homilía 41, 3,2 (vol, II, p. 182) referido a la destitución de Eutropio y los problemas por el uso de las iglesias de la ciudad por parte de

los arrianos; quizá también la misma predicación y las exigencias morales que planteaba había suscitado oposición de los aludidos. Es posible que en la misma homilía 41, 2,7 se aluda al terremoto que afectó a la ciudad de Constantinopla en el año 399 o al del año 400 (cf. p. 25) antes de la predicación de las homilías.

Si miramos la estructura de las homilías, nos presenta una doble interpretación, una más literal de los versículos elegidos (cf. Hom. I, 1-6) y otra más teológica (Hom. I, 7-8) exponiendo las verdades contenidas en el libro sagrado (cf. p. 26; Homilía I, 4,1 p. 75-76) y los motivos teológicos, la oración, el valor de la Sagrada Escritura, de la hospitalidad, del dominio de sí, de la caridad y de la justicia, llamando la atención sobre el mal uso de las riquezas o el peligro de la vanagloria. En la dicha homilía I, la necesidad de recibir el bautismo y el valor de la penitencia cuando se ha pecado después del bautismo (homilía I, 7-8 pp. 85-90). Comenta también en la homilía III la primacía de Pedro en la elección de Matías (pp.108ss), o en la fiesta de Pentecostés de la que explica su contenido y los efectos en la homilía IV (pp. 127-141), comentando el discurso de Pedro en las homilías V-VI (pp. 142-170). La homilía VII presenta la reacción de los oyentes de Pedro y sus disposiciones a la conversión, la oración, la eucaristía y la comunión de bienes (pp.175ss). Así sigue exponiendo los temas del libro de los Hechos, los milagros de Pedro (homilía VIII, pp.187ss) y cómo exhorta a los judíos al arrepentimiento (homilía IX, pp.199ss), o la

persecución y prisión de los apóstoles (homilía X, pp. 221ss), el caso de Ananías y Safira (homilía XII, pp. 253ss).

En la homilía XIV presenta la elección de los diáconos después de haber comentado la liberación de los apóstoles por intervención de Gamaliel (cf. pp. 281ss), explicando la ordenación que reciben (XIV, 3,3-5 pp. 288-291) que no recibe el nombre concreto sino el contenido. Las exhortaciones morales sobre la vida como prueba aparecen en la homilía XV (pp. 297ss) así como la lucha contra el diablo cuidando de lograr la gracia de Dios para afrontar la tribulación, cuando expone la persecución de Esteban, cuyo discurso comenta en homilía XVI (pp. 313ss) terminando con la valoración espiritual del sufrimiento (8pp. 324ss), y comentando el martirio de Esteban en homilía XVIII (pp. 344ss), que también recuerda la persecución de la Iglesia y el episodio de Simón Mago (pp. 349ss). La homilía XIX (pp. 363ss) comenta el bautismo del eunuco etíope y la conversión de Saulo (pp. 368ss), aunque termina hablando del abandono de la Escritura por los fieles (hom. XIX, 4,9 – 5,8), aunque sobre Saulo sigue en homilía XX (pp. 382ss) y sobre la actividad de Pablo y Bernabé en Jerusalén (homilía XXI, pp. 395ss).

La actividad de Pedro en casa de Cornelio y su predicación en las homilías XXII-XXIII (pp. 411-439) dan lugar a hablar de la limosna y de la caridad, el ser misericordioso alimenta la caridad, con imágenes de la naturaleza, del agua y de los árboles. En la hom. XXIII de nuevo aparece el significado del bautismo como signo de la transfor-

mación del hombre por la filiación adoptiva que produce (hom. XXIII, 3,6 – 4,3 pp. 433-437), describiendo el bautismo de Cornelio en la homilía XXIV (pp. 440ss). El comienzo de la iglesia en Antioquía, donde comienzan a llamarse cristianos y la actividad de Pablo y Bernabé (homilía XXV, 1,5 pp. 456 ss) de nuevo vuelve al valor de la limosna y sobre los medios abundantes que posee el cristiano para practicarla. Los relatos de la persecución de Herodes, la prisión de Pedro y su liberación en las homilías XXVI-XXVII (pp. 470-497) dan lugar a exhortaciones sobre la oración, la penitencia, el rezo a media noche o sobre la sobriedad y los efectos de la intemperancia que degradan al ser humano. El viaje apostólico de san Pablo a Chipre, pasando por Asia Menor y el discurso de Pablo en la sinagoga de Antioquía de Pisidia ocupan la exposición de las homilías XXVIII-XXX (pp. 498-539) pero dan lugar a exhortaciones sobre la mortificación y el vencer los vicios, alejándose de la gloria mundana para buscar los bienes prometidos a los que aman a Dios; la lucha contra los vicios (ira, orgullo, vanidad, soberbia) se propone a partir de la Escritura, con la penitencia, la profesión de fe, la humildad.

En el vol. II el autor traduce y presenta las veinticinco últimas homilías, de la XXXI a la LV, desde el viaje de Pablo y Bernabé, que aparecen en Hch 14 mientras están en Listra, donde curan a un ciego (pp. 37-51) y los intentos de persuadir a los que les aclamaban como a dioses, pero resultan maltratados por influencias de los judíos venidos de fuera hasta el punto de

apedrear a Pablo. Es la ocasión de hablar de las tribulaciones y del bien que producen o sobre el modo de actuar del diablo, que nunca descansa, y del cristiano que debe librarse de la murmuración para poder ser purificado de los pecados. Sobre los acontecimientos de Antioquía y la presión de los judeocristianos la homilía XXXII (pp. 52ss) que explica como contradicciones internas procedentes de los que conservaban más apego a la Ley que a la fe enseñada por los apóstoles (cf. p. 57). En la homilía XXXIII (pp. 63-78) se recuerda la actuación de Santiago, obispo de Jerusalén, y el texto de la carta enviada (Hch 15,23ss) y el problema de los judaizantes (hom. XXXIII, 3,1-2) y la existencia de herejes (Ibíd., 3, 7 p. 73). La hom. XXXIV (pp. 79-94) recuerda el segundo viaje apostólico de Pablo, una vez que las discrepancias le apartan de Bernabé, que permite al Crisóstomo hablar de Timoteo y de la circuncisión a la que le somete para ganar en concordia y por la edificación de la Iglesia, teniendo en cuenta que lo más importante es la vida del alma, la laboriosidad y el huir de la ociosidad y la pereza (pp. 103-105). La visión y el viaje a Macedonia le dan ocasión de volver de nuevo sobre el ocio, cuando trata de la curación de la muchacha adivina (cf. hom. XXXVI, pp. 107ss) y de la prisión injusta de Pablo y Silas, terminando de nuevo por recordar el valor de la oración, por el motivo de la plegaria nocturna de los encarcelados (pp. 114-116). La exposición continúa describiendo la estancia de Pablo en Tesalónica, en Berea (hom. XXXVII, pp.118ss), en Atenas (hom.

XXXVIII, pp. 130ss) con su discurso contra la idolatría, que le permite al orador hablar de la resurrección (cf. hom. XXXVIII, 4,2-3) y del juicio, exhortando a la amistad con Dios, aunque la respuesta de los atenienses fue el desprecio a Pablo (hom. XXXIX pp. 148-161) que deja Atenas y va Corinto a casa de Aquila y Priscila donde estará año y medio. Por el trabajo de Pablo, tejedor de tiendas, vuelve a recordar la ociosidad y a pedir benignidad y magnanimidad, comparando al airado con el pacífico (Ibíd. 3,1-2 pp. 155ss), que se parece a Dios, mientras que el iracundo se asemeja al diablo.

La vuelta de Pablo a Antioquía por Éfeso (hom. XL, pp. 162ss) le permite explicar la importancia del bautismo, la recepción del Espíritu, la diferencia entre el bautismo de Juan y el de Cristo, con los efectos que produce, perdón de los pecados, santificación y recepción del Espíritu; termina exhortando a la caridad fraterna (Ibíd., 2,10 – 3,1-2), la amistad (Ibíd., 4,1-8). Los motines de Éfeso contra Pablo (hom. XLI-XLII) y la vuelta pasando por Macedonia (hom. XLIII) dan paso a la consideración de las tribulaciones (pp. 201ss) y el elogio de san Pablo (pp. 212ss), al discurso de despedida de Pablo en Éfeso (hom. XLIV-XLV pp. 218ss y 232ss) con aplicaciones a su auditorio recordando la necesidad de vigilancia y de la limosna. Las siguientes homilías recuerdan el viaje de Pablo a Jerusalén y su entrevista con Santiago y los responsables de la comunidad, su arresto en el templo y, sobre todo, su defensa (hom. XLVI-XLVII, pp. 247ss y 259 ss), da pie a hablar de lo que es el

escándalo (hom. XLVI, 3,7 p.256-258) y sobre la distinción entre virtud y vicio (hom. XLVIII, 3,3-8 pp. 279-281) así como a la observación sobre el valor de Pablo y fortaleza y firmeza (hom. XLIX, pp. 284ss) con los ejemplos de José y Jacob, que triunfaron de las insidias, con algún apunte sobre el amor y el matrimonio (cf. p. 295s). La exposición de Hch continúa en la hom. L (pp. 297ss) con la defensa de Pablo ante el procurador Félix, defensa que sirve para hablar de quién injuria a otro y los efectos de la ira; en la hom. LI la nueva comparecencia ante Festo y Herodes Agripa y su esposa Berenice (hom. LII pp. 328ss), la sentencia absolutoria y la apelación al César (hom. LIII, pp. 346) que deja espacio a la alabanza de la fe. La hom. LIV recuerda la estancia de Pablo en Malta, y la llegada a Roma, para terminar con la exposición de la verdad del cristianismo ante los judíos de Roma (hom. LV pp. 373ss). El conjunto es un excelente ejemplo de comentario a la Escritura según Juan Crisóstomo y de cómo la exégesis antioquena era fiel al texto en su literalidad, aun sin olvidar la interpretación espiritual y la aplicación moral a las circunstancias concretas en las que se encontraban los cristianos de Constantinopla. La edición concluye con los índices bíblicos y de materias y nombres propios. Sin duda una excelente contribución al conocimiento de los Padres, de Juan Crisóstomo ante todo.

4. Las *Constituciones apostólicas* son una obra singular compuesta en ocho libros, que transmiten tradiciones y normativas diversas, a veces repeti-

das y discrepantes, pero de un gran valor por ser ordenaciones y disposiciones de carácter jurídico-litúrgicos de la antigüedad cristiana. En el texto se afirma su origen apostólico, su carácter de ordenamiento canónico y de enseñanza católica, enviada por medio de Clemente [de Roma] (cf. VI, 18,11 p. 221), mencionado entre los nombres de los colaboradores de Pablo, a los obispos y a los sacerdotes. Ahora se nos ofrece la traducción española de los ocho libros que la componen, obra de Juan José Ayán Calvo, por la Editorial Ciudad Nueva, con una introducción breve y clara (pp. 5-23) en la que detalla que sigue el texto de la edición crítica de M. Metzger<sup>1</sup> (cf. SC 320, 329, 336 París 1985-1987).

La obra comprende los seis libros de la *Didascalia*, reelaboración de un ordenamiento eclesiástico que incluye precisiones doctrinales y datos sobre los ministerios, de la diaconisa (II, XXVI, 6, p. 83), y también de las órdenes menores, el subdiácono (VIII, XI, 11-12), los que intervienen en la liturgia, los cantores y los ostiarios, se habla de la institución de las viudas (III, I-V p. 128-132) se rechaza que la mujer pueda bautizar o enseñar (III, VI,1 p. 133) o ejercer el sacerdocio (III, IX,1-4 p. 137); se trata ampliamente del ministerio episcopal (sumo sacerdote II, XXVI, 4, p. 83; del obispo se dice que sea “santo, puro, no dado al castigo, la ira o la crueldad” II, LVII, 1 p. 113 e

incluso que es como el piloto de la nave cuando ha reunido a la Iglesia de Dios; aunque aparece también la imagen del redil) y presbiteral (II, XXVI, 7, p. 84), del diácono (II, XXXI-XXXII, pp. 88-89; libro III, XIX, 1, p. 144), e incluso sobre las ordenaciones episcopales y presbiterales (III, XIX, 1-2, pp. 15-146). En el libro II hay una sección dedicada a la disposición y orden de la celebración eucarística, así como al edificio y su orientación con el ábside hacia oriente (II, LVII, 3 p. 113) con dos “pastophoria”, capillas absidiales para reservar la oblación eucarística (cf. VIII, XIII, 16, p. 319) o como alguno ha interpretado como una especie de sacristía. Aparece también la segregación de las mujeres (incluso hay una puerta de las mujeres), su silencio en la asamblea, los lectores y las tres lecturas de los libros que han de leerse (II, LVII, 5-8 p. 114), el salmo responsorial con su estribillo, e indicando que después del evangelio se permanece de pie.

Sobre las viudas el libro III dedica una sección amplia (cf. pp. 127-136), y los huérfanos (libro IV, I-III pp. 148-150), las vírgenes (IV, XIV, 1-3 pp. 157-158). El libro V está dedicado a los mártires (V, I-VI pp. 160-167) considerando también el martirio como bautismo de sangre, “pues ha muerto con el Señor en la prueba” (p.167), pero deja paso a la consideración de la resurrección y su credibilidad, pues da igual la forma de muerte que se padez-

<sup>1</sup> La edición de F. X. Funk, 2 vols. Paderborn 1905 (reimpreso en Turín, La Bottega d'Erasmus, 1979) contiene la versión latina de los textos siríacos de la *Didascalia* que faltan en la versión latina de PG.

ca (V, VII, 1-31 pp. 167-174) con los ejemplos clásicos de los evangelios y la referencia a Jonás y a los tres jóvenes de Babilonia (cf. p. 170). En este libro V hay una indicación sobre las fiesta de Navidad y de Pascua (p. 178ss y pp. 186-189) y sobre la cronología de la pasión y resurrección del Señor (V, XIV, 1-19 pp. 178-183) para después recordar la norma del ayuno en la semana después de Pentecostés (cf. V, XX, 1-4-18 donde fija el ayuno tradicional semanal los días miércoles y viernes, para dar limosna con lo ahorrado, p. 193).

Es curioso el libro VI, dedicado a los cismas y las herejías (VI, I-X pp. 197-208), recordando los ejemplos bíblicos de los disidentes y rebeldes, pero también la existencia en la Iglesia, desde Simón el Mago (cf. pp. 203-207), para considerar la herejía una blasfemia contra Dios, a la que opone la fe (cf. VI, XI, pp. 208-209). Pero recuerda el concilio de Jerusalén de Hch 15 como asamblea apostólica contra la herejía (pp. 210-215) recordando muchas de las enseñanzas de los evangelios y de las cartas sobre los falsos cristos y falsos profetas. Una sección de este libro VI se dedica a los libros pseudoepigráficos (VI, XVI, 1-4 pp. 217-218). Pero también recomienda el bautismo de los niños, rechazando el bautismo de los herejes (VI, XV, 1-7 pp. 216-217), sobre el matrimonio de los obispos, presbíteros y diáconos en sentido restrictivo: después de la ordenación no está permitido que los no casados se casen ni que los casados se unan a otras (si se han quedado viudos, VI, XVII, 1-4 p. 218). Hay una exhortación a alejarse de

las prácticas legalistas, pero recomendando la observancia de los diez mandamientos (VI, XIX-XX pp. 221-225) pues la plenitud de la Ley es Cristo (pp. 225-230) para terminar exhortando a alejarse de las herejías (p.230s) y de las observancias rituales relativas a la pureza ritual en materia sexual (de la tradición judía, cf. pp. 231-233) y exhortando a la castidad y al recto uso del matrimonio (pp. 233-237).

El libro VII es una relectura de la *Didaché* (cf. VII, I-XXI pp. 241-250) incluyendo instrucciones sobre el bautismo, normas sobre el ayuno, la oración y la celebración de la eucaristía (VII; XXV-XXVI, pp. 253-255), sobre las primicias, el domingo, la elección de obispos y presbíteros y los ministerios, la corrección fraterna, la oración continua, aportando una recopilación importante de fórmulas eucológicas de raíz judeocristiana (cf. VII, XXXIII-XXXVIII pp. 260-271) que termina en el himno del "Gloria" (VII, XLVII, 1-3 pp. 278-279) y en el himno vespertino o la bendición de la comida (pp. 279-280). El libro VIII se considera inspirado en la *Tradición apostólica* de Hipólito y su tratado sobre los carismas, que no conocemos, aunque el contenido de este libro dedicado a los carismas, a sus propiedades y finalidad, nos daría la idea de las normas y doctrina en la iglesia. A los carismas están dedicados los capítulos I-III (pp. 282-289, pero a continuación van las oraciones de consagración de los obispos (VIII, IV-V pp. 289-293) y el orden de la celebración eucarística después de las lecturas de la Palabra de Dios (VIII, V,11-XV,11 pp. 293-321 a veces considerada

como fórmula litúrgica clementina, una de las anáforas más antiguas conservadas, a la que precede la larga oración comunitaria de los fieles (cf. VIII, XII, 4-50 pp. 305-319). Continúan las normas sobre la ordenación de presbíteros, de diáconos, de diaconisa, con imposición de las manos (p. 323), con sus oraciones, y de las órdenes menores y consagración de vírgenes y viudas (VIII, XXI-XXVI pp. 324-327), y distingue que los “confesores” no es un ministerio ordenado (VIII, XXIII p. 325-326), describiendo las competencias de cada ministerio y las bendiciones. De gran interés son también las prescripciones sobre el catecumenado (VIII, XXXII pp.330-332) o sobre los tiempos de oración (VIII, XXXIV-XXXVIII pp. 333-338) y también la oración por los difuntos (VIII, XLI –XLIV pp. 339-342). El capítulo XLVII (pp. 347-362) de este libro VIII contiene los ochenta y cinco cánones llamados de los Apóstoles, dedicados a los deberes y ordenamiento de los obispos y presbíteros, quizá recopilados por el autor de las *Constituciones* que se relacionan con las decisiones de Antioquía del año 341 y de Laodicea (fecha incierta 343-381), de Ancira (314), y Neocesarea (319) como indica Calenté en la introducción (p. 14). El canon 85 es una lista de los libros canónicos de la Escritura, mencionando cuatro de los Macabeos, pero en el NT falta el Apocalipsis y se añaden dos cartas de Clemente.

Como podemos ver de esta descripción, tenemos un material variado y complementario de muchas de las tradiciones ya indicadas en la *Didaché*, en la llamada *Traditio apostolica* y en las

cartas de Clemente de Roma y en algunos apócrifos, e incluso fórmulas de fe, no siempre coherentemente ordenado, como indica la introducción (cf. p. 15). La evaluación que hace en pp. 20-21 sobre el discutido arrianismo de esta obra me parece equilibrada ya que no hay una afirmación neta de esa tendencia, y el subordinacionismo estuvo presente en muchos de los autores de la época anterior al concilio de Constantinopla de 381. Es verdad que la afirmación de VIII, XII, 8 (p. 306) suena fuerte, haciendo del Espíritu Santo una criatura, en abierta contradicción con lo dicho en el concilio antes aludido; por eso el concilio Quinisexto celebrado en Constantinopla en el año 692 lo desaconsejó, aunque estaba también la sospecha de la interpolación del conjunto o la suspicacia de los componentes orientales de dicho concilio del año 692. No hay duda que la edición en castellano es una buena noticia y un gran servicio a todos los que se interesen por la tradición de la Iglesia y sus normas. La edición es estupenda para conocer una normativa siempre sorprendente.

5. De Basilio de Cesarea, traducido y presentado por Antonio García Romero, nos ofrece la Biblioteca patrística este volumen ochenta y tres con dos opúsculos interesantes: el primero, con la exhortación a los jóvenes *Oratio ad adolescentes* del año 370 sobre la lectura de las obras de los autores clásicos, o mejor aún, “de los escritos más nobles de los paganos”, como decía Juan Damasceno, dejando a un lado sus exposiciones sobre los dioses y los mitos, que califica de

absurdos (cf. p. 13), reteniendo el pensamiento y leyéndolo como propedéutica a la comprensión del cristianismo, porque nos puede conducir a la virtud; era una especie de ejercicio preparatorio y un entrenamiento para poder comprender bien la Sagrada Escritura. Es, además, parte de la *paideia* que proponía Orígenes, capacitar a los alumnos para saber elegir, para la virtud, buscando la coherencia de palabra y obra, de las palabras y la vida, y la firmeza en las convicciones para poder acercarse a Dios. La obra tiene, pues, una motivación pedagógica, ya que Basilio estaba convencido de la ventaja de la erudición que combina la verdad cristiana con la cultura tradicional (cf. p. 15) por su valor educativo, base del humanismo cristiano. La recepción de la obra fue notable como muestra el testimonio de Juan Damasceno o el de Simón Metafrastes y en el renacimiento bizantino del siglo XI o los humanistas de los siglos XV-XVI, como muestra el centenar de manuscritos que la han transmitido (cf. p. 17) y las repetidas ediciones desde su traducción latina en 1402 por Leonardo Bruni d'Arezzo, impresa en Venecia el año 1470<sup>2</sup>. La introducción muestra el contenido en forma de sinopsis en las pp. 18-21 en la que la intención pedagógica y exhortatoria es clara.

El segundo opúsculo, la *Admonitio ad filium spiritualem*, se atribuye a

Basilio aunque no todos los estudiosos están de acuerdo; se ha conservado solo la versión latina, que se pretende obra de Rufino de Aquileia, según la comparación, que hizo P. Lehmann en su edición de 1955, con la versión latina de las *Regulae* basilianas. En el tomo II de Quasten<sup>3</sup> se recuerda el uso abundante que hace del libro de los Proverbios (las fórmulas, 'oye, hijo mío', y el tono exhortatorio, la exposición de las virtudes y la disposición al ayuno, a la vigilancia, se inspiran en la Escritura; pero no olvidemos que la expresión 'hijos míos' se usa también en el primero, así como el considerar la vida y los honores humanos como insignificantes ante el valor de la otra vida, cf. p. 37) lo que daría al opúsculo una procedencia monástica, de la región de Escete (Egipto), que usaba tal libro abundantemente. Pero también hay contactos con la forma de exponer la humildad y el ayuno combinado con la oración que es propia de Evagrio Póntico y del ambiente monacal (cf. pp. 22-23), aun manteniendo que la *Admonitio* sea un manual de instrucción espiritual; por eso influyó en la regla de san Benito o presenta semejanzas con la *Vita Antonii* de Atanasio de Alejandría. La introducción termina con una bibliografía (pp. 25-31), en la que se recuerdan ediciones del texto y traducciones así como estudios sobre el contenido del texto.

<sup>2</sup> Leonardo Bruni d'Arezzo había estudiado griego con Manuel Crisolôras en la universidad de Florencia, cf. el libro de G.M. Vian, *La biblioteca de Dios*, citada en nota 38 de p. 17.

<sup>3</sup> J. QUASTEN, *Patrologia II*, Madrid, 1985, p. 237.



Cuando habla en el primer tratadito de las “enseñanzas profanas” dice que no son algo inútil (cf. IV, 1 p. 419) pues si se pretende que la “doctrina del bien” se nos grabe, es bueno iniciarse en esas enseñanzas para luego “percibir los misterios de las sagradas enseñanzas” (II,9 p. 40), pues suponen un ejercicio de entrenamiento. Aplica el discernimiento moral (IV, 2-11 pp. 41-45) a los argumentos de la literatura profana, distinguiendo si refieren las acciones o palabras de hombres buenos frente a los que son “textos viles”, “cantos disolutos”, los dioses y los adulterios de los dioses, sirviéndose del ejemplo de las flores, cuyo color o perfume pueden sentir todos, pero sólo las abejas saben extraer de ellas la miel (ejemplo clásico aplicado a la educación, citado en pp. 44-45). De hecho la virtud la han cantado muchos poetas y prosistas (cf. V, 3, p.46; V, 7 p. 47; V, 11-12 p. 49). Se sirve del ejemplo clásico de “Virtud y Maldad” como personajes femeninos de figura opuesta (pp. 50-51). Compara el trabajo de los artesanos con la finalidad propia de la vida humana, que es el *télos* cristiano, la buena construcción, o sea, la buena educación, que requiere pruebas para que la vida se gobierne como una nave bien enderezada al puerto (pp. 55-56). Esa educación es cuidar del alma, con la filosofía, para que aprenda a someter las pasiones del cuerpo, haciéndolo fuerte con sobriedad (pp. 59-63) y superando los placeres que pueden llegar por los sentidos. El cultivo de la virtud se puede aprender de las enseñanzas profanas.

La *Admonitio* recoge en sí una auténtica guía espiritual en la vida

ascética (p. 74s), cultivado el temor de Dios frente a la pasión y el vicio: “virtud del alma es amar al Señor y odiar lo que Dios no ama” (p. 76), en el catálogo de virtudes que llevan a desprenderse de las cosas mundanas y terrenales, anteponiendo las celestiales y la dedicación a la meditación y la alabanza a Dios, el amor a Dios y al prójimo (p. 77-80). La serie de virtudes explicadas, son: la paciencia (p. 82), la continencia y la castidad (p. 83s), el amor del mundo (p. 85), rechazar la avaricia (p. 86ss), la búsqueda de la humildad (p. 88s), la práctica asidua de la oración (p. 89s) y la vigilancia, el ayuno (p. 93s), evitar los excesos, la soberbia (p. 95s) y controlar la lengua (p. 96s), evitar la vana alegría o disipación (p.97s) y la compañía de los malvados (p.99s), dominar la ira (p.101s) y acudir a la penitencia apartándose de la presunción de que en la vejez se hará penitencia por las faltas de la juventud (p.101). Introduce el motivo clásico en la tradición espiritual de la meditación sobre la muerte y el último día, poniéndose en viaje con la bolsa de las buenas obras (p. 103). En fin una tratado de vida ascética que recuerda lo mejor de la tradición monástica.

6. El Padre Pedro Langa, agustino, profesor de patrología y especialista en san Agustín, nos ofrece este hermoso tomo titulado *Voces de sabiduría patristica*<sup>8</sup> con un ameno prólogo del Sr. Obispo emérito de Orihuela-Alicante, Mons. Rafael Palmero Ramos (pp. 7-12). Es un diccionario de voces temáticas que han sido transmitidas primero por Radio Vaticano y que

ahora se fijan en letra impresa para que puedan ser consultadas y meditadas por un público más amplio. Los Santos Padres son maestros de sabiduría, modelos y testigos de la tradición, que nos orientan, forman, instruyen y alimentan el espíritu. Las voces propuestas en un total de ciento sesenta y ocho, algunas desdobladas, como “confesiones” (pp. 141s y 143s, “Cruz” (pp. 173s y 175ss), “Dios” (pp. 212ss y 214s), “Espíritu Santo” (pp. 275ss y 277ss), “Salvador” (pp. 405ss y 407ss) o desarrolladas en tres capítulos como “Filiación divina de Jesús” (pp. 292ss; 295ss; 297ss).

Algunas de estas voces son explicadas en su lengua original como: “Antenna crucis” (pp. 48ss), “Apocástasis” (pp. 65ss), “Audientia Episcopalis” (pp. 87ss); títulos de una obra, “Civitas Dei” (pp. 121ss), “De Trinitate” (pp. 180ss), Didaché (pp. 204ss) o de una seire de obras y autores como “Padres apostólicos” (pp. 375ss); frases agustinianas como la archicomendada “dilige, et quod vis fac” (pp. 209ss), o la citada en el *Exultet* pascual “Felix culpa” (pp. 290ss), la clásica designación de la Eucaristía como “fractio Panis” (pp. 302ss), o el significado de la expresión latina de raíz paulina “forma Dei-forma servi” (pp. 300-302), o de la expresión eclesiológica “causa finita est” (pp. 116ss) que es de origen agustiniano referida a la respuesta escrita dada por Roma a las cuestiones pelagianas. Explica también el sentido patrístico dado a la teología de “Pascha –transitus” (pp. 377ss), o de “Corpus Christi” (pp. 158ss), “Corpus

mysticum” (pp. 160ss), “Mysterium fidei” (pp. 360ss), o “Palabra de Dios” (pp. 375-ss) con ecos actuales. La entrada dedicada a “Regula fidei” (pp. 397ss) se concentra sólo en la explicación agustiniana, cuyo significado normativo se retrotrae a Ireneo de Lyon, tanto en su vertiente doctrinal como normativa y disciplinaria, aunque después adquiere toda la variedad que refleja en su exposición

No son más que breves indicaciones de la variedad y amplitud de este diccionario de voces patrísticas, que siempre se comentan desde una frase escogida de la Escritura, de uno de los Padres o de documentos del magisterio eclesiástico, del credo nicenoconstantinopolitano, o de documentos litúrgicos. El esquema desarrollado es el siguiente: identificación del término o términos, o estado de la cuestión, y después el desarrollo con referencias a autores concretos: por ej.: A Orígenes, Tertuliano y san Cipriano, la *Traditio apostolica*, para recordar a los mártires y a los obispos venerados como confesores en la voz “confesor” (pp. 146ss). Al final del tomo, un índice de abreviaturas y una bibliografía que remite a obras especializadas y de referencia ayudan a proseguir el estudio y la degustación de los Padres, a los que aquí se les da voz para que puedan guiarnos en la lectura, el estudio o la formación espiritual. Es un buen instrumento que la editorial San Pablo hace bien en poner en manos de lectores, catequistas, conferenciantes o formadores espirituales.